

LA EXPOSICION DE FERNANDO ALBERTI

La Dirección General de Propaganda, atenta siempre a todo lo que signifique tutela de jóvenes valores intelectuales o mecenazgo de aquellos a quienes el curso inexorable del tiempo haya podido sumir en el olvido, ha querido patrocinar una Exposición de la obra pictórica del artista Fernando Alberti, que, al tiempo de estar expuestos sus cuadros en una importante sala de Madrid, cumplía los ochenta años.

La Dirección General de Bellas Artes, de acuerdo con la de Propaganda, tuteló aquel homenaje a la figura del anciano pintor. Homenaje que ha resultado tristemente póstumo, ya que pocos días después de clausurarse la Exposición fallecía el pintor Alberti Barceló.

Hoy traemos a nuestras páginas una glosa emocionada y respetuosa de aquella obra pictórica, y rendimos, con ello, el tributo de un emocionado recuerdo a la ilustre figura de tan honrado artista.

AL situarse el visitante de exposiciones ante los cuadros de Fernando Alberti —el visitante, no el crítico que tiene la obligación de conocer la vida y la obra de este pintor—, experimenta una grata sorpresa, que le entona para la revisión de todos sus lienzos. Es la sorpresa que le produce verse colocado ante un mundo gozoso, amable y alegre, que nada tiene que ver con el que actualmente vivimos: hostil, arisco y antipático.

Fernando Alberti, con su pintura —creemos también que con

su vida, pues una de las facetas más acentuadas de su arte nos parece la de la sinceridad— nos retrotrae a un próximo pasado pictórico que, sin embargo, y en virtud del *simún* de los movimientos vanguardistas y del asentamiento pasajero de los «ismos», se nos antoja remoto a los que hemos nacido al mundo del arte después del año 1930. No obstante, de él tenemos la impresión más directa que puede percibir el hombre: la recibida en la infancia. Y, sin duda alguna, fueron las reproducciones de cuadros de Fernando Alberti las que primeramente nos dieron noticia de la existencia de la pintura. Una noticia viva, junto al tacto —los cuadros colgados en las casas no existen para el niño como tales—, al permitirnos hojear, como premio a un buen comportamiento o para acalmar nuestra impertinente travesura infantil, los tomos bien encuadrados de la colección de *Blanco y Negro* y *La Esfera*, que se guardaban en la parte baja de la librería del abuelo.

Fué entonces cuando trabamos conocimiento y amistad con la pintura de Fernando Alberti, recastada en gracia litográfica. Allí estaban esas escenas pintorescas, cuajadas de simpático anecdotismo, como dándole eternidad plástica a todo el censo de personajes que Arniches y los saineteros —ya más literaturizados, sin la simple naturalidad con que los da Alberti— ponían en pie de acción sobre los escenarios de su tiempo. Allí ese constante canto a la juventud, a una juventud alegre y bulliciosa, contenta de su quehacer, donde se entremezcla el artesano con el estudiante y la modistilla y el aprendiz de literato o de pintor, que de lo primero que se ocupó fué de colocarse la chalina vaporosa; y todos en actitudes rientes, denotando un contento de vivir que se advierte es el contento de vivir de Fernando Alberti, del pintor pleno de bondad y nobleza, que se entrega a la pintura con la alegría de quien se entrega a un sacerdocio. Un mundo este de Alberti, un costumbrismo el recogido en sus lienzos, tan plenos de gozo, tan alegres, que se nos antojan los más extraños a nuestro mundo de hoy, por muy cercanos que en el tiempo estén.

Pero esta referencia al anciano pintor, esta revisión de su obra

y su vida, debemos hacerla más ordenadamente, comenzando por situarle en el tiempo y en las corrientes pictóricas y estéticas de su tiempo, pues de ahí, tal vez, nos llegue la clave de su pintura, ya que Fernando Alberti ha permanecido fiel a su ayer, sin dejarse arrastrar por modas, ni por los modos que le han seguido. Es ésta, junto a la de la sinceridad que antes apuntábamos, otra de las cualidades más acusadas en este artista.

Coincide Fernando Alberti, en el tiempo, con toda esa pléyade genial que en el mundo del arte y las letras ha sido designada como «generación del 98». Es decir, que Alberti se educa y se forma en los finales del siglo pasado, pero permanece al margen del *humor* que puede ser tomado como constante, o como punto de coincidencia, de todos los hombres del 98. En Fernando Alberti, ya lo hemos dicho, no prende la amargura de sus contemporáneos, ni se siente invadido por la sátira hiriente, para fustigar vicios de las gentes de su tiempo. Su alma, todo bondad y amabilidad, todo contento de vivir, se posa en las costumbres y en la despreocupación del pueblo madrileño, que tiene ante los ojos y en ello no ve motivos de crítica, sino de canto. Y así, cantando, en loa permanente, van sus pinceles plasmando en el lienzo, de una manera amplia, descriptiva, tratando todo ello en gran escala, como si para él fuera lo más fácil esa su valentía para afrontar el tamaño natural de las figuras, en composición compacta, cual si el pintor se hubiese convertido en fotógrafo y se hubieran agrupado desordenadamente, con el afán de salir en la placa.

Más tarde —seguramente empujado por el envenenamiento del costumbrismo, que ha perdido la risa— Fernando Alberti huye de la ciudad, para refugiar su pintura en el campo. Va, no a ponerle puertas, sino a abrírselas más amplias; sabe que, a mayor extensión campestre, es también mayor la sensación de paz que se experimenta. Y ya que el hombre en la ciudad se ha amargado, el artista no quiere recogerlo, plasmarlo, en el rictus de la amargura. Por eso, apenas si la anécdota —antes fiel y norte de su pintura— nos aparece en un personaje que se diluye en la amplitud campesina.

El hombre, o la mujer campesinos, ya no ríen, pero muestran la paz del campo en sus rostros.

Es la paz que el alma bondadosa de este hombre bueno, que es Fernando Alberti, querría para los hombres que él ha eternizado con sus pinceles, si es que la vida les ha robado la risa y la alegría.

EUGENIO MEDIANO.

